

Cara y Cruz



Si la palabra “cultura” despierta por sí sola encarnizados debates acerca de su definición y sentido, ninguna cosa distinta deberíamos esperar al reflexionar acerca de la expresión “política cultural”. Estos términos, política y cultura, que para algunos encierran un aparente antagonismo, nos advierten de la necesaria actividad del Estado en la planificación y fomento del desarrollo de la actividad simbólica de una nación. Libros, música, pintura, danza, teatro, tradiciones... no se sostienen en ninguna de sus fases (producción, distribución o consumo) ni logran trascender en el tiempo por el simple capricho de unos pocos. Para que la cultura pueda en realidad llegar a todos, y por ende ser realmente cultura, las instituciones estatales deben intervenir con planes, proyectos y apoyo que permitan un sistema dinámico de hacedores y consumidores de arte.

En realidad, lo dicho quizás no presente ninguna objeción y hasta suene paradisiaco, pero ese sosiego culminará en el momento en que comencemos a preguntarnos por los límites que deben existir entre el apoyo del Estado y la libertad en la creación, la paz culminará cuando debamos ponernos de acuerdo para seleccionar el modelo de desarrollo cultural más adecuado a una sociedad, el silencio se romperá cuando se deba hacer un balance de lo hecho en un país en materia cultural.

Alentar esta discusión y mostrar a nuestros lectores estos diversos puntos de vista es lo que pretendemos en esta nueva entrega de Cara y Cruz, y para ello convocamos a dos venezolanos con experiencia en el quehacer cultural.

El primero de ellos, Luis Alberto Crespo, conocido escritor venezolano, organizador del Festival Mundial de la Poesía y director de la Fundación La Casa de Bello, nos ofrece en su texto “Nuestra política cultural: la sensibilidad y el pensamiento es hoy un bien compartido” su visión acerca del desarrollo cultural en nuestro país.

Por su parte, Orlando Sifontes, Director del Conservatorio CEMI y Coordinador de la Aldea Universitaria Andrés Bello-Misión Sucre, nos ofrece en “Visión cultural: pensar y hacer la cultura” esa otra cara de lo que aún falta por hacer.

Esperamos que esta Cara y Cruz los anime a seguir pensando sobre lo que hacemos y somos culturalmente.

La Sensibilidad y el Pensamiento un hoy un Bien Compartido

Luis Alberto Crespo

Universidad Nacional Experimental de Guayana
Ciudad Guayana - Venezuela.
correo@correo.com

País interrumpido se le ha motejado hartas veces a Venezuela. Es que nunca ha logrado concluir un ciclo histórico. Desde que lo cercenara Páez en la Cosiata ha sufrido fracturas muchas, las más de ellas de sistema o formas de gobierno. El siglo XIX fue dueño de guerras civiles, de jefaturas de milites y de secretariados. La democracia nunca fue tierra prometida. Nunca o cuando no casa de viento. “Viva no se quién” se oía en las esquinas y en los caminos. El siglo XX venezolano fue de Castro y Gómez. El dictador de la Mulera se apropió del territorio -y de todo lo que vivía- como propiedad privada, la suya y la de sus áulicos. El beneficio fiscal acaso invirtió en caminos y paredes. El ingreso que regalaba el hidrocarburo fue insensible al paludismo, al hambre. Se moría temprano. ¿Quién leía, quién inventaba sentimientos e ideas por escrito que no fuera un flaco por ciento? Venezuela -es casi su carta civil- hablaba y cantaba, pero firmaba con una cruz o un círculo. Tres o cuatro de sus pobladores leían y escribían.

La educación, sin embargo, logró no pocas conquistas, pero la estadística traía malas noticias: el analfabetismo sustituyó al anósfeles: era plaga tenaz. Una apurada síntesis de las bondades de los gobiernos que en Venezuela han sido -a condición de silenciar las mentiras y medias verdades de sus balances económicos- dan cuenta de las dádivas que el venezolano había recibido de esa educación popular y obligatoria decretada por Guzmán pero que no llegaba más allá de los centros urbanos del país. Cuando tal lástima disminuía entonces nos pretendíamos lectores con edad escolar y más o menos bachilleres, porque no nos contábamos muchos y raleaba el libro y ocurrían vacíos en las bibliotecas (si es que los había, sobremanera en los barrios o el vecindario que no fuera, claro está, la biblioteca pública). Es que el libro pertenecía a quien pudiera adquirirlo. Era, en resumen, un bien para privilegiados.

¿Qué ha ocurrido cuando memorizamos los avances del actual gobierno en su política cultural, cuya garantía constitucional suscribieron los venezolanos al aprobar la Constitución de la República Bolivariana? Aquella Venezuela interrumpida ha aprendido hoy a deletrear y a transcribir su fe de bautismo, se ha inclinado sobre la página escrita y ha copiado lo que siente y piensa, lo anhela o reclama y sabe qué dice el país y el mundo en esos signos y puede copiar su voz personal y colectiva, su confidencia, cualquiera que ella sea. La UNESCO conoció ese logro. Y dijo que Venezuela era país libre de analfabetismo. Pero faltaba la escuela, una escuela como la que soñaran Simón Rodríguez y Andrés Bello que llegara hasta la Universidad. Y fue posible la escuela pública bolivariana y enseguida las misiones que conocemos. Así, la cultura y la educación vivieron en casa común. Las cifras andan divulgándolo en la cibernética.

Si lo dicho hace un instante es inobjetable, más lo es el acceso del venezolano al libro. Allí están, en las Librerías del Sur, en las ferias internacionales, en las ferias regionales, en las bienales literarias y en los festivales mundiales de poesía, en los certámenes que privilegian la emoción y la reflexión. Para adquirir esos títulos hace falta tener dos o diez o quince bolívares. Cualquier lector puede llevarse a casa una suerte de Biblioteca de Alejandría, sin que flaquee su bolsillo a la hora de enfrentar la inflación en los supermercados.

El Ministerio del Poder Popular para la Cultura (es verdad que silenciamos no pocas instituciones que persiguen pareja diligencia) ha creado la editorial masiva El Perro y la Rana y La Imprenta Nacional de la Cultura viene de ofrecer a los venezolanos, sólo en el pasado mes de noviembre, entre libros, revistas y periódicos, 1.553.588 ejemplares, una sumatoria de que dan cuenta El Perro y la Rana, Monte Ávila y Biblioteca Ayacucho, los sellos de mayor relieve. La

Imprenta ha confesado un saldo de 109 millones de publicaciones en diciembre 2011.

Cinco revistas culturales (una por semana) regala el Ministerio a los venezolanos que quieren saber de libros, danza, teatro, tradiciones e información general. Mientras tanto, en cada capital de estado las imprentas regionales dan a conocer a los escritores que una vez fueron ignorados y olvidados.

La Editorial Monte Ávila y la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello promueven certámenes literarios de variado alcance: aquella dirigida a autores inéditos en poesía, narrativa, ensayo y teatro y ésta a estudiantes y a todo público, como el Salvador Gardmendia. Sus talleres gozan de alto nombramiento. Hoy, los beneficiados de esos talleres forman ya una generación de nuevos autores.

La defensa y promoción de nuestra diversidad es la raíz misma de la política cultural de la República Bolivariana de Venezuela. Una enumeración incompleta de sus plataformas no podría silenciar

al Centro Nacional del Libro, la Fundación Librerías del Sur, el Centro de la Diversidad Cultural, el Centro Latinoamericano Rómulo Gallegos, La Fundación de museos nacionales, la Casa del Artista, la Villa del Cine, las Compañías nacionales de Teatro y Danza, el Instituto de las Artes Escénicas y Musicales, la Distribuidora Venezolana del Libro, el Centro Nacional del Disco, la Compañía Nacional de Música, la Universidad Nacional Experimental de las Artes, el Instituto de las Artes y el Espacio, el Centro Nacional de la Fotografía de Venezuela.

Los Gabinetes regionales, la Red de Escritores, la Misión Cultura y Misión Cultura Corazón Adentro hacen posible que esa política cultural del Estado alcance a Venezuela entera. Ella ha rescatado finalmente su memoria, su pensamiento y su imaginario porque es su propio creador, el individual y el colectivo.

Aquella Venezuela ajena a la cultura es desde ya y para siempre sólo un recuerdo de pena, una pesadilla de orfandad.